

Lanzamiento en paracaídas Salvator de un avión Romeo 41

FERNANDO DE JUAN VALIENTE,
Coronel de Aviación

SIENDO Teniente Alumno en la Escuela de Caza, y a causa de un fallo de instrucción a pie del Romeo en el que me tocaba hacer la clase de acrobacia, me entró en barrena plana el avión cuando estaba a 1.000 metros sobre la vía de tren que pasa al lado del Aeródromo. Los mandos del avión no obedecían en absoluto a pesar de la lucha que me traía con ellos. Mientras tanto el avión perdía altura y calculo que estaría a 400 ó 500 metros cuando decidí saltar en paracaídas porque me di cuenta de que aquello acabaría en el suelo.

Pero entonces vino lo peor y es que no podía salir ya que yo iba por dentro del giro de la barrena y por tanto estaba tan fuertemente pegado al asiento que no podía moverme.

Fue en este angustioso momento cuando empezó a funcionar, automáticamente, el instinto de supervivencia el cual, analizado después de lo sucedido, me ha hecho pensar y confirmar que el instinto de conservación se origina en la voluntad oculta que todos tenemos y que su fuerza es tan potente y tan rápida que en esos casos de peligro vital inminente esa clase de voluntad puentea al lento entendimiento y extrae directamente de la memoria la información que en ella esté depositada y sea la más adecuada a la resolución del crítico problema.

Esa información la tenía yo en mi memoria porque casualmente se la había oído a Aresti en Jerez cuando estaba haciendo el Curso de Transformación a Piloto de Guerra, y consistía sencillamente en "invertir el sentido de la barrena echando totalmente la palanca adelante". Eso hice ayudándome además con el pie, porque el brazo no era bastante. Así la barrena se frenó y pude saltar en el último momento aunque el avión no me despidiera. Tengo la seguridad

de que si yo no hubiera dispuesto de esa instrucción no habría sabido y por tanto no hubiera podido salir del avión.

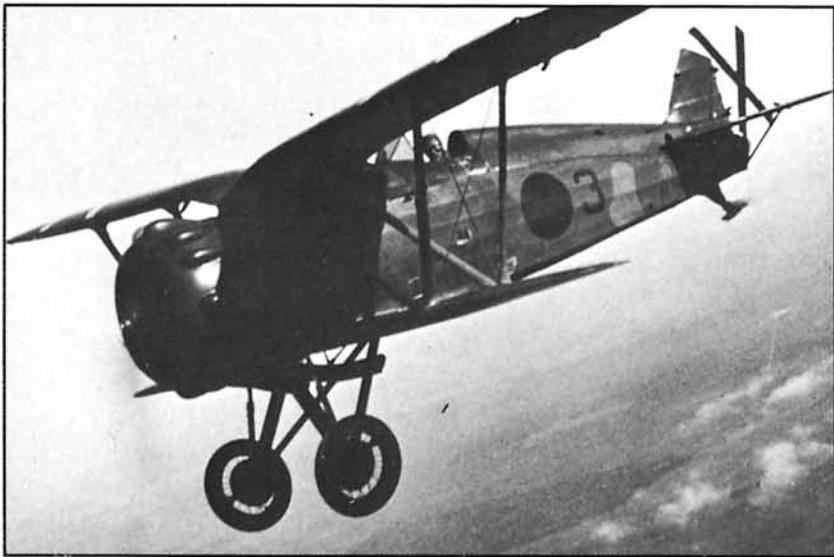
Puedo recordar también que en ese momento, y ante la imperiosa necesidad de salir del avión, no pensé en el paracaídas sino sólo en librarme de la trampa en que estaba metido. Así es que "virtualmente me tiré a cuerpo limpio".

Afortunadamente el paracaídas fun-

actuó el mando de apertura manual ni puedo asegurar que hubiera tenido tiempo de hacerlo, aunque prefiero pensar que sí.

Como anécdotas puedo contar que al llegar al suelo vi que había perdido un zapato; que salí corriendo, también instintivamente, detrás de una liebre que me pasó por delante y que al labriego que se me acercó le di un abrazo de alegría.

Al poco rato de lo ocurrido estaba



Uno de los primeros Ro 41. Años más tarde un avión de este tipo protagonizaría este relato.

cionó, abriéndose sin mi intervención, gracias a que el Mecánico que me ayudó en tierra a ponerme el atalaje había enganchado en un punto fijo de la cabina el mosquetón terminal de la cuerda de 15 ó 20 metros que el Salvator llevaba plegada sobre sí y en cuyo otro extremo tenía un pasador que accionaba la apertura del paracaídas cuando el Piloto se separaba esa distancia del avión. O sea, que yo no

otra vez a 1.000 metros sobre la vía del tren haciendo acrobacia, incluyendo el tonó y medio rápido que fue el origen del percance, si bien esta vez más informado y con más "colmillo".

En la Escuela de Caza era norma que en estos casos el Alumno volviera a volar enseguida para que ninguna clase de miedo tuviera tiempo de instalarse en el Piloto. Sana y sabia medida porque así fue. ■